

Coproducida por la Fundación Juan March, la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, la Fundación Museo del Grabado Español Contemporáneo y la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, se presenta en la Calcografía Nacional la exposición “Descubrimientos Millares, 1959-1972. Obra gráfica completa de Manolo Millares”.

No parece extraño el interés que **Manolo Millares Sall** (Las Palmas de Gran Canaria, 1926-Madrid, 1972) mantuvo a lo largo de su trayectoria por el grabado y las técnicas gráficas en general, -los sistemas de multiplicación de imágenes, refiriendo una terminología contemporánea-, si recordamos que fascinación de infancia fueron los grabados de Francisco de Goya, los “Caprichos” (1797-1799) y “Desastres de la guerra” (1810-1815) que, contemplados mediante reproducciones halladas en 1933 en libros de la casa familiar en Las Palmas, ejercerían un poderoso atractivo en el niño y futuro breve artista.

Unos años después, este “hijo entrañable de Goya” realiza sus primeros monotipos, práctica frecuente la estampación única mediante la aplicación de pigmento en un plano, luego grabado en un papel ejerciendo presión. El monotipo invadirá, además, algunas zonas de sus dibujos sobre papel como un recurso técnico que, inevitablemente, obliga a mencionar las pintaderas de los aborígenes canarios.

Acto previo a su interés por la estampación calcográfica, su vinculación a la publicación “Planas de Poesía” (1949-1951) realizando portadas e ilustraciones, así como colaboraciones en diversas publicaciones antes de su viaje a la Península (1955). Artista de avanzada, como era voz de su tiempo, fue mucha su vinculación al libro y a la revista, a las ediciones en general, embargado por una cierta *tipofilia*, si pensamos en carteles y portadas, varios, ilustraciones para revistas u otras ediciones (aquí mención a su frecuente presencia en las Ediciones de Ruedo Ibérico) a lo largo de su trayectoria, partiendo de su encuentro con Lourdes Castro y René Berthold e inmersión en el proyecto artístico de la revista KWY, durante los años 1959 y 1961.

Esta revista, prácticamente artesanal, era realizada en serigrafía bajo diferentes formatos gráficos y distintas periodicidades. Los Millares encontraron al matrimonio Castro-Bertholo en París a finales de mayo de 1959, con ocasión de la exposición *La jeune peinture espagnole-13 Peintres espagnols actuels*, celebrada en el Museo de Artes Decorativas, y en esa fecha KWY se preparaba en la Rue des Saints-Pères, en Saint Germain, siendo Bertholo buen conocedor de la técnica serigráfica y, por tanto, estampador de los trabajos. Manolo Millares colaboró en dos ejemplares de esta revista, efímera y de breve edición, realizando una portada serigráfica y la reproducción de un dibujo para los números cinco (diciembre de 1959) y ocho (otoño de 1961). Se constituían en tempranos trabajos serigráficos del artista, otorgándonos la fecha inicial de la exposición.

El corpus de la obra gráfica de Manolo Millares, unas cincuenta obras, quedaría en buena parte reunido en cinco carpetas, en su mayoría realizadas mediante técnicas tanto calcográficas como serigráficas: “Mutilados de paz” (1965); “Auto de fe” (1967); “Antropofauna” (1970); “Torquemada” (1970) y “Descubrimientos-Millares, 1671” (o “Descubrimiento en Millares 1671-Diario de una excavación arqueológica imaginaria y barroca” (1971).

“**Mutilados de paz**” (1965), fue la primera carpeta serigráfica, estampada por Abel Martín. Contenía cuatro ejemplares, presididos por un poema escrito por Rafael Alberti en Roma y cuidada por Gerardo Rueda. A ella seguirá “**Auto de fe**” (1967), otros cuatro grabados a punta seca, concebida con Elvireta Escobio. Una edición casi artesanal (veinte ejemplares numerados) estampada en el taller de Dimitri Papagueorgui reproduciendo fragmentos del libro “Causas del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Canarias”, desde los legajos recuperados por su bisabuelo, Agustín Millares Torres, de la torva destrucción por un carretero en la rada atlántica.

“**Antropofauna**” (1970), carpeta de cinco aguafuertes estampada por el artista en el taller barcelonés de Gustavo Gili, con la ayuda de Joan Barbarà, para la colección “Las Estampas de la Cometa”, recibiría el premio “Ibizagráfica” (1972, Museo de Arte Contemporáneo de Ibiza), con un jurado en el que participara Conrad Marca-Relli. Ese 1970 otro de sus grabados, también editado por Gili, sirve de presentación del libro de José María Moreno Galván sobre el artista que publica la editorial.

Otra carpeta, “**Torquemada**” (1970), conteniendo seis serigrafías, es editada por Juana Mordó, la galerista de Millares y otros tantos compañeros de generación desde su apertura en 1964, nuevamente estampada en serigrafía por Abel Martín. Emblema de la representación de la cegazón destilada por la *justicia* y la ira inquisidora, *la mezquindad*, utilizando el glosario del pintor. A esta seguiría “Descubrimientos-Millares, 1671” (1971).

A ello hay que unir su colaboración en carpetas memorables: la dedicada a “**El Paso**” (Galleria L’Attico, Roma, 1960), estampada en el taller del citado Dimitri. También su presencia en la primera serie de serigrafías editada en 1964 por el Museo de Arte Abstracto Español de Cuenca, realizada por el tándem Eusebio Sempere-Abel Martín que quedarían vinculados a las carpetas serigráficas del canario: “Mutilados de paz” (1965); “Torquemada” (1970) y “Descubrimientos-Millares, 1671” (1971). El Museo devino capital lugar de irradiación de la obra múltiple y bibliofilia en nuestro país.

Para la Editorial Alfaguara, ilustra en 1969 los “**Poemas de amor**” de Miguel Hernández, en su colección “El gallo en la Torre” dirigida por Camilo José Cela, realizando dos puntas secas. En ese mismo año, -Millares va deprisa, se ve-, aprende de Antonio Lorenzo la técnica del grabado que, este, a su vez, había conocido del artista grabador *conquense* Bernard Childs en los inicios de los sesenta, decidiendo instalar Millares su propio taller de grabado. De esta aventura interrumpida quedaron algunos ejemplares que ahora se exponen.

Llegaría, en 1971, su último trabajo, verdadero alarde de concepto, también de planteamiento artístico, hasta si cabe homenaje al mundo *conquense* que tan fundamental resultaría en el devenir millaresco. Es la carpeta “**Descubrimientos-Millares, 1671**” (o) “**Descubrimiento en Millares 1671-Diario de una excavación arqueológica imaginaria y barroca**”. En esas doce serigrafías, tinta china y aguada de china gris humo, Millares despliega un universo de posibilidades, ejerciendo todo su conocimiento de estos años, no sólo en la gráfica, sino también su inmenso saber de dibujante. Es ahora, sí, la victoria del negro, y del gris, de los encuentros diversos, el triunfo de la escritura hecha signo: la mancha, la graña, la tachadura, el *dripping* descendiendo o invertido, el pequeño signo y lo extendido, la escritura sobre textos impresos, -negros, grises, espacios en blanco-, la línea y la huella. Algo de paroxismo

creativo a lo Artaud hay en estas doce serigrafías que estampa Abel Martín y cuyo concepto cuida Ricard Giralt-Miracle. Todo ello estuchado en la caja de madera que concibe otro *conquense*: Gerardo Rueda. Esta carpeta es también, casi, un *regalo* final de Millares para el Museo de Arte Abstracto Español, su editor, bajo la dirección de su fundador coleccionista, Fernando Zóbel. Ahí están todos, desfilando casi, sus colaboradores: los hermanos Blassi, diseñando conceptualmente la carpeta-objeto, el carpintero del Museo, Domingo Garrote (junto a Rafael Saiz), ejecutándolas. El anagrama impreso del Museo, que diseña Gustavo Torner. Hasta la mención bibliómana de Zóbel, que asoma en la apertura de la misma. Doce grabados como doce meses para el final de la vida del artista.

Un conjunto de cinco ensayos gráficos hechos en su estudio, y de reciente localización en sus archivos y ocho grabados póstumos, con algunas variantes, estampados en el taller madrileño de “Mayor 28”, con la cooperación de Fernando Bellver y Manuel Valdés, cierran esta exposición gráfica.

Contemplando esta exposición se percibe cómo la gráfica millaresca recorre, también, el relato del devenir calcográfico contemporáneo en España, al modo de un oculto nervio viajando entre la historia menos narrada de estas estampas. Si lo situamos en orden ya se ha mencionado: encuentro con Castro- Bèrtholo en París; el Museo de Arte Abstracto Español (la visita a Childs de Zóbel y Lorenzo, y sus ediciones, de la mano de Abel Martín, Eusebio Sempere y Antonio Lorenzo). A ellos sigue Dimitri Papagueorgui, hasta llegar a la experiencia madrileña del “Grupo 15”, aventura iniciada con éste donde Millares hará otros dos hermosos aguafuertes estampados con ayuda de Monir y Lorenzo.

Finalmente, debe hacerse mención a la triada de bellos carteles serigráficos, desde el primero editado por Buchholz, con ocasión de su exposición en Munich en 1968 o la reproducción de un collage de Millares, cartel del Museo conquense (1970, luego habrá otro póstumo, 1973) y el afiche de su última exposición en el Musée d’Art Moderne de Paris (1971).

Manolo Millares había mostrado siempre un extraordinario interés por la estampación, por el grabado, cuya muestra primera sería el dedo o la mano que, manchados, con frecuencia quedaron impresos sobre sus arpilleras y dibujos, en ocasiones fragmentos encolados de papel de periódico. Evocadores de las huellas de los sellos o pintaderas, los signos grabados en las cuevas, muros, agujeros que acariciaron las balas, líneas que cruzan la superficie, huellas de zapatos, marcas diversas, santa faz. Rudimentarios grabados en las arpilleras, señales o cruces, signos, escrituras de “un mundo deliciosamente extraño”, en sus palabras.

Era el interés por el grabado de ese hombre fascinado desde niño inquieto por Goya. Extraordinario grabador sí, pero poeta y místico de voz muy espiritual, como señalara André Pieyre de Mandiargues. Un artista íntegro, y basta.

ALFONSO DE LA TORRE
COMISARIO DE LA EXPOSICIÓN